

El invierno de ese año era frío y lleno de oscuridad. Gabriela era una niña de mejillas sonrosadas, cabello castaño como las nueces y ojos dulces. Sobre aquella época del año la casa de Gabriela estaba repleta de nieve, pero ni aún estos factores le impidieron ver a la persona más importante de su vida, su amado, Daniel. Daniel era un chico rubio y robusto, igual de alto que ella y con una mirada tierna y cariñosa. Gabriela se enamoró perdidamente de él en el campamento de verano y cuando este finalizó, prometieron seguir viéndose sin importar la estación.

Eran las 18:00 pero al ser invierno, parecía que ya era de noche. Quedaron en la vieja caseta del pueblo, cerca de la estación de autobuses. Daniel vivía lejos y para poder verse ambos enamorados, tenía que coger el último bus hacia Villalba.

Las horas pasaban, el viento soplaba y las hojas de los árboles caían, pero no había ni rastro de Daniel.

Gabriela regresó a su casa con la mirada inquieta y la mente intranquila. Para su sorpresa, en ella encontró a una mujer de mediana edad, pelo corto y expresión preocupada.

Gabriela, nerviosa, preguntó por su nombre, a lo que la mujer respondió:

- Soy yo, mamá, tu hija menor.

Gabriela no comprendía la situación. Se acercó al espejo y en él observó el rostro de una mujer anciana de unos 80 años, de pelo blanco y sonrisa decaída.

Al lado del espejo encontró una fotografía que se le hacía familiar.

Era la fotografía que Gabriela y Daniel habían tomado en el campamento, aquel verano de 1975.

Gabriela observó con ternura la fotografía y la abrazó con todo el amor de su corazón.

La mujer desconocida llegó por detrás, la abrazó por la espalda y susurró:

- Yo también lo echo de menos, pero ya han pasado 5 años desde que papá falleció, debes dejar de ir a la vieja cabaña a esperarlo, nunca regresará.

Gabriela estaba perpleja.

¿En qué momento había envejecido?

¿Habían pasado 60 años desde el último verano junto a él?

Hace menos de una hora ella era joven y esperaba entusiasmada al amor de su adolescencia. La mujer interrumpió sus pensamientos y preguntó:

- ¿Has tomado ya las pastillas para el Alzheimer?

Leire Trigueros Berenguer 3ºA